



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pb.

Los ocho tomos de esta importante obra que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, año sacro ó lecturas y ejercicios para principales festividades del Calendario católico; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

R. 3531102

ESOS CURAS... POR TODO PIDEN DINERO.

ALTO ahí, compadre; que eso es falso de toda falsedad! Innumerables son los servicios que te presta el Cura sin que por ellos te saque de la bolsa un solo maravedí. Es verdad que tú, amigo mío, no causas mucho, que digamos, al Cura, y aún por disculpar este tu poco trato con él para el cumplimiento de tus deberes, andas diciendo que no puedes, porque los Curas por todo piden dinero. Escúchame unos momentos, y puede que, después de haberme oído, nunca vuelvas á repetir esta, que no es más, al fin, que ó calumnia ó necedad.

—Tú vas raras veces á confesar y á comulgar, ó mejor, no has ido tal vez allá hace muchos años.

—Así, así.

—Pues bien. El Cura, si lo deseas, te escuchará de balde en su confesionario, y sin pedirte para ello un cuarto te dará, si de veras la deseas, la santa absolución y después la Sagrada Comunión. Trabajoso ministerio es éste, que en días dados le consume las fuerzas al pobre confesor, tanto como al jornalero su más pesado jornal. Y no obstante, de balde se te ofrece para ello el Cura, á ti y á todos los que cualquier mañana gustéis de aceptar sus desinteresados servicios; sólo siente él que seáis pocos. Es falso, pues, que *esos Curas por todo pidan dinero*.

Pero vamos á otra cosa. Tampoco asistes tal vez á Misa todos los días, ó siquiera aquellos en que hay para el cristiano esta obligación.

—Algún día me pasa por alto, es verdad. ¡Las pícaras ocupaciones!...

—Sea lo que fuere, que eso ya lo pondrá en claro un día ú otro la justicia de Dios. Es lo cierto que no acudes al templo siempre que debieras. Dime, pues. ¿Será porque te hayan exigido jamás dos reales ó cuatro de entrada á la puerta de él, como se te exigen á la de otros sitios que yo me sé, y en los que entras no obstante muy á menudo, y tan galán y de buen humor? Sabrás decirme ¿cuánto dinero te llevan cada domingo el Cura ó el sacristán por dejarte oír con todo recogimiento una Misa ó un par de ellas, ó media docena, si tanta fuese tu devoción? Yo no sé que se le haya puesto aún á eso tarifa ó arancel. Ya ves, pues, como no es verdad que *esos Curas por todo pidan dinero*.

Que estás enfermo de gravedad ó

que lo está uno de tu familia, y al oído y con todas las retóricas del caso se os empieza á insinuar que hay que pensar para el enfermo en algo más que en emplastos y brevajes, porque anda amenazando un desenlace fatal y es preciso hablar de Sacramentos. Se llama al Cura ó á su coadjutor; uno de ellos se presenta inmediatamente, de día ó de noche, á cualquier hora que lo demande la necesidad. Ya en la antesala no pregunta si será bien ó mal recibido, ni si el mal que aqueja al enfermo es tifus ó viruela ó cosa así que se pueda pegar; pide únicamente se le conduzca junto al paciente. Al llegar allí tiente el vado; sondea, insinúa, exhorta, suda á veces la gota gorda para reducir á buen término al que años ha andaba tal vez muy lejos de él; pasa allí largo rato, muy poco divertido por cierto, pues la alcoba de

un enfermo de gravedad no suele ser, máxime en ciertas casas, jardín de bien olientes flores, ni teatro de vistosos espectáculos, ni otra cosa alguna que halague la curiosidad ó las narices. Y sale después consolado y contento si logró aquella alma para Dios. Dime ahora, ¿te ha sucedido nunca que después de tales trabajos é incomodidades que se han pasado por uno de los tuyos, te enviase el Cura la cuenta de sus honorarios, como te la han enviado, y con mucha justicia, el médico, el boticario ó el sangrador? ¡Quiera Dios que, si fué pobre la casa, no haya aún la mano del Cura tenido que acudir al alivio de la enfermedad con su peseta ó con su duro de limosna, en vez de cobrarla de ti por sus penosos servicios! Con lo cual tienes otro caso en que sale falso aquello de que *los Curas por todo pidan dinero*.

¿Has oído hablar de epidemias? Sí, y mucho, que por desgracia no han faltado en este país en lo que va de siglo. ¿Quién ha jugado en ellas más heroicamente su vida? El Cura. ¿Con qué sueldo ó salario especial? Con ninguno. Señalárouse cada vez, como era justo, dietas extraordinarias para los médicos, farmacéuticos, practicantes y sepultureros. Sólo el Cura afrontó el riesgo únicamente por cumplir su deber. ¿Y sabes cuántos han muerto cada vez víctimas del contagio? El año 20, por la fiebre amarilla sucumbieron más de dos docenas en solo Barcelona. En el último período de la misma epidemia sucumbieron una porción de ellos como bravos soldados al pie del cañón. ¿Y se aterraron los demás? No, que el vacío de los muertos se llenó con otros, y el de éstos con otros, y así hubiera seguido mientras hubiese

quedado uno vivo para ir á morir. Atrévete á decir ahora que sólo por dinero se mueve á servirte el ministro de Dios.

—Es verdad lo que decís, pero para eso cobra buenos sueldos el clero. Bien lo sabe el presupuesto de la nación.

—¡Válgate Dios por listo, amigo mio! ¡Y cómo tienes tú ocurrencias que valen un Perú! Ciertó, cobran los Curas (no todos, sólo los que ocupan plaza oficial), por la sencilla razón de que comen, que, si no cobraran de un punto ú otro, no podrían comer. El mismo Jesús para comer tuvo su bolsa y quien cuidó de ella. Ni en las carnicerías, ni en las tabernas, ni en los puestos de legumbres y verdura he visto jamás un letrado que digo: *Gratis para los Curas*. Con que ya ves que si han de comer, como me parece á mí

que no pueden excusarlo, han de comprar; y si han de comprar lo han de pagar, y si lo han de pagar, cobrarlo han de una parte ó de otra, sin remedio ni remisión. Pero eso mismo que cobran es una friolera, es una miseria, es á veces una indignidad. Si se pudiese á los empleados del Gobierno al nivel de los Curas en eso de las tan cacareadas pagas, al día siguiente dejaban sus puestos la mitad y la otra mitad. Esos Canónigos á quienes el pueblo se figura tan ricos no tienen de dotación lo que un oficial subalterno del ejército. Los Párrocos de más alta nómina tienen menos que los porteros de ciertas secretarías civiles. Los Vicarios no cobran lo que un peón de carretera ó un alguacil de nuestros Ayuntamientos. Estos tipos de comparación son exactos. ¡Ya ves si hay vergüenza en hablar de las pagas del

clero! Esto sin contar con que lo que á nuestros Curas les da la nación, cuando no se lo niega, como ha sucedido tantos años seguidos, no es más que un tanto por ciento, muy escaso, de los bienes de esos mismos Curas que les birló años atrás la codicia revolucionaria, bienes que no se han perdido, no, sino que andan hoy muy aprovechados en manos de quien tú sabes y yo me sé. ¿Recuerdas aquella casa? ¿Sabes aquellas viñas? ¿Tienes presentes aquellos bosques y regadíos?

—Entendidos, entendidos. Todos sabemos cómo les lucen estas fincas *ajenas* á ciertos prohombres del día.

—Basta, pues, y al buen entendedor salud.

—Sin embargo,—y perdonadme si vuelvo á la carga,—á pesar de que no puede negarse que en varias cosas le

sirven los Curas al pueblo de balde, no me negaréis que en varias otras saben cobrarse crecidos derechos, que cansan y saquean al infeliz que á ellos ha de acudir. Esos costosos funerales, esos expedientes de las oficinas eclesiásticas, esos derechos de estola y pie de altar...

—Tampoco aquí rehuyo, amigo mío, la discusión. Quiero quedar victorioso en todos los terrenos.

En los servicios que te presta la Iglesia has de distinguir dos clases: unos son indispensables, otros no lo son. Los indispensables los presta á los pobres gratis enteramente, ó sea por amor de Dios, como se dice y como saben muy bien en todas las parroquias los pobres de solemnidad. Y gracias aún que la parroquia no les dé á ellos muchas veces dinero encima después de haberles servido, como

acontece frecuentemente. A los que no son pobres les pide algunas veces una módica retribución. Pues qué, ¿no es regular que contribuyan al sostén de sus servidores aquellos mismos que de sus servicios se aprovechan?

Respecto á los servicios no indispensables, sube de punto esta razón, y por lo mismo no extrañarás que la Iglesia te exija por ellos alguna mayor paga para sus ministros. ¿Has de enterrar á tu hijo, y no te contentas con que le acompañe el Párroco ó su Vicario, sino que desees asistan otros cuatro ó diez ó veinte sacerdotes á honrar con su presencia el acto de la sepultura? Pues lo regular es que les retribuyas ese trabajo que ellos prestan en obsequio de tu difunto.

¿No te contentas con una Misa sencilla á que con muy módica limosna pudieras atender, sino que quieres

suntuoso aparato fúnebre, campanas, luces, canto, negros tapices, etc.? No te obliga á eso la Religión; te lo permite; pero, pues lo quiere tu gusto, forzoso es que se lo pagues á todos los que haces concurrir á él.

¿Quiéreste casar, y no te place casarte más que con una parienta cercana, para lo cual necesitas te dispense el Romano Pontífice la prohibición impuesta á ciertos grados de parentesco? Pues para eso hay que instruir expediente alegando los motivos razonables en que fundas la petición de dispensa, haciendo constar declaraciones de testigos, partidas sacramentales, certificaciones, etc. Y todo eso ha de seguir una tramitación en oficinas establecidas para el caso. ¿No es, pues, regular que para el despacho de tal expediente se te impongan ciertos derechos á guisa de contribución? ¿Quién es regular pague los gastos

que eso ocasiona sino aquel en cuyo servicio se hacen? ¿Querrias tal vez que sólo por servirte á ti y á los demás como tú, hubiese en Roma y en tu diócesis oficinas bien montadas y bien servidas con su correspondiente personal, y que este personal se estuviese allí trabajando para servirte de balde?

¿Piden los Curas por el culto? ¡Pues eso han de pedir! ¿Acaso se les da de balde la cera, ó tocan de balde los músicos, ó esculpen y pintan de balde los artistas? Si quieres, pues, lucida fiesta á la Virgen, a San Antonio ó á San José, ¿cómo la va hacer el pobre Cura si no empieza por pedir para eso á quien le puede dar? Y observa que á eso más contribuye quizá el Cura que otro ninguno. ¡Pobres Curas! ¡Ojalá fuese posible sacar estadística exacta de lo que piden y de lo que dan! Se vería entonces que

donde hay algún movimiento religioso la limosna del Cura es la que fué delante de todas en producirlo y fomentarlo y sostenerlo.

¿Y qué diremos de la beneficencia? ¿Quién puede disputarle al pobre Cura el honroso privilegio de ser él quien toca más de cerca las necesidades y quien suele con más caridad remediarlas? ¡Oh si pudiesen hablar las pocilgas y buardillas! ¡Oh si pudiesen hacerse públicos los secretos de la casa del jornalero y del menestral! Es verdad que no constan en pública subscripción los donativos del Párroco á sus feligreses necesitados; no dejarán, empero, de hacerse públicos en el tribunal de Dios para condenación y vergüenza de sus infelices difamadores.

Resultado de todo es que pagas *algo* al Cura en compensación de lo mucho en que te sirve, casi siempre de balde, unas pocas veces con insignificante

retribución. Con lo cual queda averiguado que no es cierto lo de que *los Curas por todo pidan dinero*, y que es una infamia lo de la *religión del dinero*, frase blasfema con que han querido los protestantes extranjeros venirnos á zaherir a los católicos españoles. La *religión del dinero* es la suya con que quieren embaucarte, amigo mío; ésa sí que merece de veras tan feo calificativo. Si vieses lo que sobre eso pasa en los países protestantes, te quedarías asombrado de lo que se da allí á esos apóstoles del error para precio de su malvada propaganda. Los ministros protestantes ingleses tienen dotaciones monstruosas á que no llega aquí ni en ningún país católico el prelado de más alta jerarquía. Ya se ve, ¡como aquellos desdichados han de mantener mujer é hijos y todo lo demás!—Mira nuestros sacerdotes; su vida es frugal, su casa sencilla, su

traje más que modesto. La condición del Cura español es comúnmente en todas las poblaciones la de la clase menestral, y á menudo la de la menesterosa. Aquí, amigo mío, los Curas son pueblo como tú; de sus filas salieron y en sus filas se han quedado. Conozco sobrinos de Obispos y Arzobispos que trabajan en los oficios humildes ni más ni menos que tú, y altos prebendados que á pesar de su jerarquía dejan pobres a sus padres y hermanos, sin otra herencia que la de su buen nombre y sus libros. Aquí en España, más que en otro cualquier país del mundo, carece de sentido la acusación de amigos del dinero que se haga á nuestros Curas. Aquí si el Cura tiene bienes es porque los recibió de su patrimonio de familia. ¡Ojalá que todos tuviesen! ¡así todos tendrían para dar!

A. M. D. G.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecilla á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR

por el mismo Autor.

- 1 La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—A 6 cénts.
- 2 Ayunos y abstinencias: La Bula.—A 6 id.
- 3 El matrimonio civil.—A 9 id.
- 4 El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—A 9 id.
- 5 El purgatorio y los sufragios.—A 8 id.
- 6 El culto de San José.—A 5 id.
- 7 El culto de María.—A 8 id.
- 8 El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.—A 20 id.
- 9 El culto é invocación de los Santos.—A 8 id.
- 10 Efectos canónicos del matrimonio civil.—A 10 id.
- 11 Misterio de la Inmaculada Concepción.—A 6 id.
- 12 El púlpito y el confesonario.—A 13 id.
- 13 El Padre nuestro.—A 15 id.
- 14 Las penas del infierno.—A 15 id.
- 15 La gloria del cielo.—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Calsals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.